

Temas Nacionales

Integración y Tolerancia, los Modos de Panamá

Por RODRIGO MIRO

Dentro del fenómeno Hispanoamérica, y desde el punto de vista de la cultura artística e intelectual, el caso Panamá ofrece aspectos no por desconocidos menos dignos de considerarse. Paisaje a medias entrevisto, ha estado ausente de todas las visiones encaminadas a interpretar la realidad espiritual de nuestra América, no ya como patria de individualidades señeras, sino también en cuanto escenario o tema de afanes culturales. Sin embargo, apenas hay capítulo de esa historia donde la angosta tierra del Istmo no muestre su presencia.

Antes de que culminara la incorporación física del Orbe Novo a la Corona de Castilla en Darién se congregaron algunos de los hombres convertidos luego en donosos cronistas de aquella gesta. A la sombra de un frondoso panamá Pascual de Andagoya y Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y Francisco de Jeréz pudieron tejer la trama de una charla de las mil maravillas. En su retiro de Taboga pudo asimismo don Alonso de Ercilla escribir unas cuantas de sus famosos octavas. Y de experiencias bélicas sufridas en Panamá iba a nacer *Armas Antárticas*, el poema que canta las proezas militares de los españoles en la América austral, obra que no merece el olvido, en algunos de cuyas páginas el negro deviene —individuo y pueblo— protagonista muy principal, y donde la descripción del paisaje se reconoce fruto de percepción directa, testigo de una cordial identificación con el ambiente.

En Quito, entre 1622 y 1646, el panameño Fernando de Ribera, en la vida de la Compañía Hermano lego Hernando de la Cruz, puso su arte de pintar al servicio de lo que más tarde se ha estimado uno de las más sobresalientes escuelas plásticas de la Colonia. Por aquellos años Pablo Crespillo de Ovalle hacía notar su gracia de actor en

los teatros de Nueva España, Lima y Potosí. Y a lo largo de la centuria siguiente en Asunción del Paraguay, en México y en Madrid Joseph de Antequera y Castro, los hermanos Torres Tuñón y Manuel Joseph de Ayala aparecerán vinculados a una actividad trascendente en el orden de la política, la erudición y los estudios jurídicos.

Los hechos aludidos no intentan destacar a Panamá como centro propulsor de cultura. Subrayan, sin embargo, lo que llamaré la inevitabilidad del Istmo en cuanto realidad conexas a la historia americana (1), y la existencia de cierta temprana predisposición del panameño que lo habilita para innúmeras contingencias, capacidad que es fruto y compendio de una historia singular.

Desde los días aurales de la Conquista el azar y la geografía asignaron a Castilla de Oro insustituible papel. Allí transcurrieron las primeras experiencias de la sociedad española, en Tierra Firme. Y con ello empezó a cobrar significado. Si la geografía determinó con su implacable imperio nuestro destino, el proceso del acontecer posterior configuró modalidades propias que lo precisaron y confirmaron.

La conquista del Perú constituyó el trauma inicial en nuestro devenir, polarizando el interés de los convidados a la aventura ultramarina y concretando la función de puente del territorio istmico. Ahora bien: un puente es lugar de tránsito, camino, trampolín para ulteriores jornadas. De ahí la razón de nuestra grandeza y de nuestra miseria coloniales. Y no es paradoja, o es la paradójica verdad de nuestra historia. Por otra parte, la composición demográfica de la sociedad colonial ya desde el siglo XVI, donde el blanco español dictaba la norma y el negro afirmaba su beligerancia al tiempo que el poblador autóctono —exterminado o huído— la perdía; la constante amenaza —rebeldes del Perú y Nicaragua primero, corsarios y piratas después—, que obligó a estrechar lazos y suavizar desacuerdos ante el peligro común; el

(1) En un penetrante ensayo de interpretación de lo panameño Armando Solano advirtió algunas cosas esenciales. "En Panamá —dice— se han sedimentado rica y ancha capa de tradiciones. No es la joya poseída y arrebatada atropelladamente por sucesivos piratas y conquistadores, sino una villa de alta alcurmia, dueña de dorados blasones, y que jamás ignoró la trayectoria de sus destinos. La Villa de las dulces brisas y de las noches inefables, en donde se percibe una presencia de América que en ningún otro lugar fuera tan nítida y aguda. Aquí, a veces, el continente nos duele como un órgano. O nos produce euforia de la perfecta salud. Nos inquieta, nos alarma, nos obsesiona con una clarividente angustia que antes desconocíamos". En el mismo ensayo, acertado en la visión aunque errando el diagnóstico, entiende nuestro equilibrio y tolerancia como "una desdenosa y madura indiferencia". Ver "Panamá la Indiferente", en *Lotería*, N° 48, de mayo de 1945.

influjo benéfico de las iniciales flotas de galeones que congregaban en Portobelo a comerciantes de todas las Indias al par que volcaban sobre la Colonia, periódicamente, cientos de hombres ricos en visiones exóticas y novedades, concurrieron a modelar la intimidad del panameño, estimulando la formación de una conciencia nacional. De ese siglo tan cargado de peripecias, testigo de un intenso proceso de transculturación y un rápido mudar de personas y acontecimientos, arrancan nuestro cosmopolitismo y mestizaje, nuestra tolerancia, nuestra certeza de la relatividad de todas las cosas.

Durante el siglo XVII y principios del XVIII ese *status* se conserva y consolida, sedimentando las características psicológicas apuntadas. El equilibrio se rompe con el abandono de la ruta Panamá para el comercio de Indias (1746) y el consiguiente cese de los ferias de Portobelo, pleamar y fundamento económico de la etapa anterior. A lo que se agrega la liquidación temporal de los contrabandistas de Coclé, dominados tras larga lucha en 1748 por el Gobernador Alcedo. Sobreviene grave parálisis que pone de manifiesto inquietantes realidades: una peligrosa escasez de población —factor capital en la historia del Istmo— y la ausencia de una economía coherente. Dada la función decisiva de la zona de tránsito y la señalada indigencia demográfica, el quehacer económico del agro permitió la subsistencia de los pequeños y dispersos grupos del interior. Realidad que tuvo su contrapartida en venturosas ocurrencias de la sociedad panameña: temprana desaparición del régimen de encomiendas y carácter parcial y benigno de la esclavitud. Imposibilitado así el arraigo de sólidas estructuras socio-económicas de tipo feudal o esclavista, se facilitaron más cordiales relaciones humanas. A lo que se suma el influjo foráneo, siempre operante, que enriquecía y modificaba, atenuándolas, algunas aristas de nuestra herencia hispánica, subsistente soterrada con inextinguible vigor.

A lo largo del siglo XIX, instaurada la democracia política e incorporados a Colombia, se acelera la evolución económica y social. La urgencia de una cómoda comunicación interoceánica, necesidad del capitalismo industrial, y el deseo local de fomentar el comercio con la eliminación de trabas arancelarias dió tema y norte a los panameños de la primera mitad del siglo, quienes, introducida ya la imprenta (1821), encontraron en el periodismo su vehículo de expresión. En torno a ese programa se organizan los esfuerzos del grupo representativo: la generación de los Amigos del País, y el futuro nacional se entiende ligada a las alternativas de la vía intermarina. Tan honda preocupación aflora en una abundante literatura —incluidos curiosas composiciones en verso— de inspiración librecambista y mercantilista. Y se llega a la realidad del Estado Mercantil con la experiencia de 1840-41. En seguida, una década después, a la fundamentación teórica histórico-jurídica de la nacionalidad con los ensayos de D. Justo sobre *El Estado Federal*.

A partir de 1848 la presencia norteamericana —consecuencia del oro de California que hizo del Istmo, una vez más, pasaje obligado— introduce nuevos ingredientes de impacto en la vida comunal, motivando formas inéditas de convivencia y provocando una saludable reacción casticista. De entonces data un especial apego a la propia lengua, raíz de una bibliografía lingüística coronada al cabo de la centuria por el *Diccionario de Anglicismos* de Ricardo J. Alfaro. En efecto, lingüísticamente hablando, Panamá ha sido dramático tablado de incidencias múltiples, tierra fronteriza, en el sentido hispánico medieval. Y hemos vivido la coyuntura casi ignorándola, en un siglo de silenciosa y tenaz resistencia.

Ese inicial contacto con Norteamérica repercute en forma inmediata y trascendente con el Ferrocarril de Panamá (1855), empresa que realiza el anhelo de la comunicación entre los mares. Seguirá la aventura canalera de Lesseps, por cinco lustros suceso mayor de la existencia panameña. Hasta que la proclamación de la República, colofón del capítulo colombiano y preludio del canal yankee, da comienzo a un nuevo episodio, ahora en vísperas de cerrarse.

No obstante las circunstancias comprometedoras que acompañaron su nacimiento la República dió pábulo a extraordinarios desarrollos en muy diversos órdenes, desarrollos a ratos explosivos. Especialmente en el campo de la educación y la cultura artística, los progresos han sido notorios. Sin hablar de una cosecha de excepción, hoy son fenómenos mensurables una literatura y una pintura panameñas. Y su acento más calificado traduce y confirma las modalidades de integración y equilibrio que hemos visto manifestarse como propias.

Por razón de una peculiar dinámica histórica, cuya exégesis demanda peculiares enfoques, Panamá no es tierra afecta a la desmesura. Acaso como réplica a una naturaleza excesiva, también por el magisterio del tiempo, el hombre panameño se sabe sometido a un destino azaroso y terreno. Su inteligencia y su sensibilidad rechazan las posturas extremas y gustan de lo tangible, sencillo y real. Desde los días de la Colonia el pensamiento panameño rehuyó los escarceos escolásticos, inclinándose a buscar su apoyo en los datos de la experiencia. Se explica así la figura de Justo Arosemena, pensador positivista de rango continental. Por otra parte, frente al desenfreno característico del romanticismo hispanoamericano, nuestros románticos, humildes poetas menores, acertaron a poner sordina a su trompeta. Y cuando el modernismo surgió como manifestación de la nueva estética su esencia, mestizaje del espíritu, encontró en Panamá hogar natural y no necesitó adornarse con particulares galas. Sólo Darío Herrera acomodó su voz al diapason de la hora.

La literatura posterior, a pesar de su creciente volumen, la expresión pictórica, mantienen ese invariable tono de equilibrio y tolerancia índice de lo panameño medular. Aún dentro de lo que retrata o exalta la región la frase pintoresca cede sitio a símbolos o imágenes de más ambicioso blanco. El color local se diluye ante el contenido ético o estético, restando a lo provinciano dimensión determinante. Lo urbano y universal imponen su prioridad.

En la obra plástica de Manuel E. Amador, verbigracia, quien antes de la primera guerra pintó como lo hicieron pocos hispanoamericanos contemporáneos, alienta un opasionado sentimiento de comunicación humana, sentimiento que le llevó a crear un idioma —el panameño— y una bandera universales. Ese afán comunicativo y predisposición para la solidaridad ecuménica, conducta existencial del panameño y no resultado de cálculo o elaboración mental, se advierte asimismo en géneros literarios muy propensos a la cálida lugareña. Cuando, en 1908, Ricardo Miró padecía en Barcelona las nostalgias de la patria, mejor que imaginarla en sus signos externos y materiales la sintió como vivencia ética:

La Patria es el recuerdo. . . .

Y cuatro décadas más tarde, satisfecha la ansiedad viajera y aquejado por idénticas saudades, Roque Javier Laurenza, hijo pródigo de las letras republicanas, tampoco halló camino fuera del cauce moral. Lo proclama su "Oda Simple":

A tu claro caudal vuelven mis aguas
después de las tormentas.

Según queda visto, el panameño encuentra modos urbanos de comportamiento y dice su verdad profunda sin énfasis. Aprendió a soslayar lo contingente y perecedero, incluso en momentos de franca emoción nacionalista, en afable acatamiento a una lección ya vieja, asimilada sin apremios. Siglos de intenso mestizaje biológico y espiritual, el espectáculo siempre recomenzado de triunfos y fracasos, forjaron el temple de su espíritu, que es integración y tolerancia, pacífica convivencia, equilibrio y universalidad.

Bogotá, mayo de 1964.

Panamá, marzo de 1965.